

A PARTIR DE UNO

RAFAEL BONILLA CEREZO
Universidad de Córdoba

Según cálculos y encuestas que el buen humor de filólogo me impide revelar, España alberga a cinco millones de parados junto a otros tantos de autores éditos e inéditos. No es descartable por ello que pocos o muchos de los primeros dediquen algún tiempo de su “ocio forzoso” a sortear el hambre urdiendo sonetos y hasta escribiendo el *nouveau roman* del futuro (a menudo de anteayer). En buena lógica, el número de revistas científicas también se viene multiplicando para dar cobijo no solo a los citados sino al nutrido grupo de profesionales que ofrecen sus trabajos y sus días a nuestro patrimonio literario. Tanto quienes lo hacen por “amor al arte”, con todas las dilogías del mundo, cuanto los que bucean en ese océano movidos por la fuerza de un par de entidades camufladas bajo su oportuno acrónimo. El disfraz más perverso de la posmodernidad. La verdad es que ocupar un sitio microscópico en una revista universitaria, a ser posible, cuya existencia parece largamente asegurada (o no), resulta cómodo e incluso meritorio. De ahí que cada año sigan apareciendo nuevas publicaciones mientras otras se apagan como asteriscos de polvo de estrella.

El ocupadísimo lector –nunca los hubo desocupados, salvo en los libros del Siglo de Oro– tiene ante sus ojos un anuario. Y como tal no dudo que se apresta a escuchar la letanía de tópicos salmodiados que dominan este tipo de saludos. Es decir, un editorial o razón de ser donde se le explique que el “número uno” llenará un vacío –siempre impreciso–, el enemigo más acérrimo de los revisteros. Pero también de los físicos, de los astronautas y de los saltimbanquis. Prometo que antes de que eso ocurra alcanzarán el descanso, tan codiciado, que brinda generosa la palabra “fin”. Porque el presente prólogo, nunca “proemio”, ni “dintel”, tampoco

“liminar”, solo existe para dar la bienvenida y respetar lo que los latinos llamaron *captatio benevolentiae*.

Hace meses que urgía bautizar esta iniciativa, ponerse de acuerdo respecto a un nombre poco común, eufónico y pegadizo. *Creneida*, para qué negarlo, cumple los requisitos y apunta a las letras clásicas, pero también a esa ninfa de las fuentes que enamora a ingenios de todas las centurias. En resumidas cuentas –pues se cimbreo por la portada–, corremos tras una musa inalcanzable: algo más que mujer y un punto menos que diosa. Su belleza ondulada se zambulle tan profunda en la sarcástica luz de su inteligencia como en el desfiladero sinuoso de su escote.

También *Creneida* porque, morada de textos a cualquier hora, hereda el legado de *Glosa*, promovida por el Departamento de Filología Española de la Universidad de Córdoba, hoy disuelto, fruto de su escisión en los de Literatura Española y Ciencias del Lenguaje. Habrá quien opine que elogiar retaceando no es elogiar; luego en patria de barrocos bastará con darle la vuelta a un soneto de Góngora para deducir que no archivamos una gota de pesimismo. Ni congénito ni adquirido. Venimos de la nada para mudarnos en sombra, en polvo, en humo y, con un poco de suerte, en una tierra de la que germinen páginas de oro, lirio, clavel y cristal luciente.

Desde la Edad Media hasta el siglo XXI, cruzando por las fronteras –si las hay– de las cuatro lenguas de la Península, este “prologuete”, como ironizara Mujica Lainez, invita a no excluir el careo con otras literaturas o manifestaciones estéticas. Regida solo por el rigor, y a la zaga de lo que prescribe el “Aleph” del actual academicismo, no por ello compartido, o sea, los Criterios Latindex-UCR, *Creneida* pretende huir de localismos, de clichés sin grano, cursilerías, horterismo, casticismo y corifeos de palabras muertas. Dos etcéteras más tarde, apuntaré que su estructura, tripartida en “Monográfico”, “Miscelánea” y “Reseñas”, obedece al deseo de singularizarnos por la plástica del formato y la elección de asuntos (en el primero de los bloques) que juzgamos desatendidos o merecedores de revisión. Con dos cucharadas de cautela en rama. También hemos procurado que la miscelánea, cuya extensión se reduce a la mitad, no suene a cajón de sastre. Por la simple causa de que entre nuestros fines se incluye el de resucitar trabajos de difícil acceso, al igual que la traducción

de ensayos que no hayan llegado a la piel de toro, ya sea por su peculiaridad idiomática o por los duendes de la distribución.

En un artículo (“Reflexiones de un revistero”) publicado el 1 de enero de 1979, año cuando menos curioso, Onetti se burlaba de la larga lista de revistas “número uno”, precisamente porque nunca sobrepasaban el umbral que marcan las cabalísticas cifras del “Volumen I / Número 1”. De hecho, con su habitual sorna pesarosa, dado que más de un escritor de talento comenzó enviando sus cuartillas a la “número uno” de turno, ponía al servicio de poetas y estudiosos el siguiente título: *A partir de cero*. Como guiño cómplice, lo cambiaremos aquí por *A partir de uno*, ceñido, eso sí, a las más modestas líneas de un apretón de manos.

El tema que se nos ha ocurrido como estreno atiende por *La flor en la literatura española*. Nos remontamos a la posguerra para, fundándonos en el magisterio de José Manuel Blecua, rastrear la riqueza y los cauces de un símbolo que ha valido para unir a los mejores talentos de una época, según hiciera Pedro Espinosa, y también para apropiarse de la imagen del mal. Si volvemos los ojos a la sabiduría popular –allí donde los dirigió Valdés–, soy de los que esquiva el valle de lágrimas para buscar su lecho de rosas. Entre ambos solo crece la hojarasca. Flores hay perfumadas y también jardines abiertos para pocos, en opinión de Soto de Rojas, el más proclive –apellido mediante– hacia estos vergeles: las azucenas, tan distintas, de Garcilaso y san Juan de la Cruz; las silvas al clavel y a la arrebolera de Rioja, los “tiestos de jazmines reales” de Góngora, el alhelí de Alberti, los lirios de Lorca en “Reyerta”, el apóstrofe de Juan Ramón para que no tocásemos su rosa, la misma que Huidobro quiso que floreciera en un poema. Y es que no es ilusorio, al menos para quien suscribe, que en una biblioteca de provincias, precariamente oculto, se esconda algún librito acariciado por los amores del tiempo; conteniendo tal vez dos rosas, la azul del olvido y la amarilla del desencanto, junto a un rojo destello de carmín.